

Fecha de recepción: marzo 2021  
Fecha de aprobación: abril 2021  
Fecha publicación: mayo 2021

## ***Objetos, personas y relaciones en los hogares de José C Paz. Annette Weiner y los desafíos de hacer una etnografía colectiva***

María Florencia Blanco Esmoris, María Martina Cassiau,  
Julieta Concilio <sup>(1)</sup>, Facundo Francisco Agustín Finamore <sup>(2)</sup>,  
Julieta Belén Impemba <sup>(3)</sup>, Melanie Yael Liberman <sup>(4)</sup>, Lorena  
Natalia Schiava D'Albano y Patricia Beatriz Vargas  
Miembros del Grupo de Investigación IESCODE-UNPAZ <sup>(5)</sup>

---

**Resumen:** En este artículo presentamos los resultados de la etnografía realizada por el equipo que investiga sobre “Objetos, personas y relaciones: un estudio etnográfico sobre la cultura material en hogares del conurbano bonaerense”, radicado en el Instituto de Estudios Sociales en Contextos de Desigualdades de la Universidad Nacional de José Clemente Paz (IESCODE-UNPAZ).

Nuestra contribución articula la propuesta de Annette Weiner con los sistemas de clasificación del mundo de los objetos, actualizados por nuestros interlocutores de campo “puertas adentro” en 5 hogares de estudiantes de la UNPAZ en 2019. Hacemos foco en las formas de jerarquizar las cosas cotidianas, exhibirlas, usarlas, guardarlas, y analizamos cómo participan de lo que dicha autora denomina “objetos inalienables”.

**Palabras clave:** UNPAZ - posesiones inalienables - Weiner - conurbano.

[Resúmenes en inglés y portugués en las páginas 137-138]

---

<sup>(1)</sup> Julieta Concilio es Licenciada en Antropología Social y Cultural por la Universidad Nacional de San Martín, y ejerce la docencia en la UNPAZ, en materias vinculadas con los medios audio-visuales y la innovación tecnológica. Correo: julietaconcilio.t@gmail.com

<sup>(2)</sup> Facundo Finamore es estudiante avanzado de la Licenciatura en Trabajo Social en la Universidad Nacional de José Clemente Paz, y es ayudante de investigación en el proyecto sobre cultura material en el conurbano bonaerense (IESCODE-UNPAZ). Correo: ffinamore@unpaz.edu.ar

<sup>(3)</sup> Julieta Impemba es Licenciada en Ciencias Sociales y Humanidades por la Universidad Argentina de la Empresa, y maestranda del programa de Planificación Urbana y Regional de la Universidad de Buenos Aires (FADU-UBA). Correo: julietaimpemba@gmail.com

<sup>(4)</sup> Melanie Liberman es Licenciada en Psicología por la Universidad de Belgrano. Actualmente trabaja como concurrente de psicología en el Hospital de Rehabilitación Manuel Rocca. También ejerce como psicóloga clínica. Correo: [libermanmelanie@gmail.com](mailto:libermanmelanie@gmail.com)

<sup>(5)</sup> El equipo de investigación sobre cultura material en el conurbano bonaerense está radicado en el Instituto de Estudios Sociales en Contextos de Desigualdades de la Universidad Nacional de José Clemente Paz (IESCODE-UNPAZ) y es dirigido por la Dra. Patricia Vargas. El resto de las autoras del artículo también participan con otras contribuciones en el presente Dossier. Se remite a los mismos para revisar los CV breves y dirección electrónica correspondiente.

## Introducción

En este artículo presentamos una primera sistematización e interpretaciones que surgen de nuestra experiencia de trabajo de campo realizado durante el año 2019, en el marco del proyecto de Etnografía Colectiva: “Objetos, personas y relaciones: un estudio etnográfico sobre la cultura material en hogares del conurbano bonaerense”, radicado en el Instituto de Estudios Sociales en Contextos de Desigualdades de la Universidad Nacional de José Clemente Paz (IESCODE-UNPAZ)<sup>1</sup>.

Se trata de una propuesta conformada por un equipo que cuenta con la presencia de una docena de investigadores, algunos noveles y otros más experimentados, provenientes de formaciones disciplinares muy diversas (psicólogas, trabajadores sociales recibidos y en formación, diseñadoras y fotógrafas, relacionistas internacionales, sociólogas y antropólogas, muchas haciendo sus posgrados en antropología, urbanismo o cuestiones de género, así como investigadoras formadas en políticas sociales y antropología). Esta propuesta pretende documentar, describir y analizar la cultura material de los hogares de los estudiantes de la UNPAZ residentes en el partido bonaerense homónimo (provincia de Buenos Aires, Argentina)<sup>2</sup>.

Como equipo de investigación, nos hemos propuesto varios objetivos generales. Por un lado, registrar las características edilicias, de déficit habitacional y de acceso a terrenos y servicios públicos, así como las formas de construcción y ampliación de casas que acompañan los patrones de residencia, en los hogares del partido de José C. Paz donde viven los estudiantes que asisten a la UNPAZ. Por otro lado, describir qué objetos pueblan estos hogares, cómo se obtienen y cómo circulan al interior de las unidades domésticas, con la expectativa de detallar cómo y quiénes los usan y bajo qué criterios se clasifican y organizan. Por último, analizar las imputaciones morales que se expresan a través de dichas prácticas vinculadas al mundo de las cosas. En síntesis, buscamos caracterizar cómo la cultura material modela la vida de los estudiantes y sus familias, prestando especial atención a “los objetos, las personas y las relaciones”.

Las fotos a continuación son de Martina Cassiau y la curaduría de Lorena Schiava D’Albano, y presentan algunas vidrieras y calles de José C. Paz.



Visitamos cinco hogares de estudiantes de la UNPAZ, delimitados en un radio de 30 cuardras, tomando como eje a la universidad y la estación de tren José C. Paz (Ramal San Martín). Los contactos con los/las estudiantes los hizo Facundo Finamore (de ahora en más Facundo), estudiante del último año de la licenciatura en trabajo social y ayudante de investigación, quien fue concertando las entrevistas y organizando las salidas de trabajo

de campo; también fue acompañando a las investigadoras y sistematizando a posteriori las notas derivadas de cada visita. Una de las cuestiones que nos propusimos fue lograr la mayor heterogeneidad posible, tanto barrial, como etaria, de carreras que se estudian en la universidad, de trayectorias y de posiciones sociales, siempre respetando el criterio geográfico antes mencionado. Además de Facundo en varias oportunidades, siempre concurrimos dos investigadoras. Esta estrategia nos permitió realizar observaciones pormenorizadas, entrevistas en profundidad, y elaborar un abundante registro fotográfico; experiencias nutridas de las múltiples miradas de los diferentes miembros del equipo.

Asimismo, otros/as miembros del equipo leyeron y analizaron las notas de campo, y contribuyeron con su interpretación. Sin duda, esta forma de organizar las tareas de investigación nos enfrentó al desafío de conciliar polifonías en el quehacer etnográfico colectivo, tanto como dispositivo metodológico, a la hora de elaborar interpretaciones consensuadas, y en la escritura misma del artículo, una escritura compartida pero cargada de heteroglosia (Bajtin, 1987). Como parte de la exposición de las condiciones de producción del trabajo etnográfico, detallamos qué investigadoras/es concurrieron a cada visita, así como los aportes de cada investigador/a en las lecturas cruzadas entre integrantes del equipo, así como la autoría y la curaduría de las fotografías.

Atendiendo a la propuesta del dossier, especialmente ideado para homenajear a la antropóloga Annette Weiner, queremos contribuir con una presentación que articule los sistemas de clasificación del mundo de los objetos, actualizados por nuestros interlocutores de campo “puertas adentro”, sus formas de jerarquizar las cosas cotidianas, exhibirlas, usarlas, guardarlas. Pretendemos abrir así una invitación a pensar cómo, quizás algunos de estos objetos, participan de lo que dicha autora denomina “objetos inalienables”, o aluden a otras nociones que dicha autora moviliza (Weiner, 1980, 1985, 1994; Valk, 2020). En lo sucesivo les presentamos algunas viñetas extraídas de nuestros diarios de campo sobre las casas de Zaira, Jéssica, Marcela, Yamila y Nicola, y las interpretaciones que, inspirados en la lectura de Weiner, se objetivan en este producto mancomunado.

### ***Conservar para compartir: terreno inalienable de una familia paceña***

En el 2019, Zaira tiene 34 años, es soltera, vive sola y no tiene hijxs. Se encuentra cursando el ciclo de inicio universitario de abogacía en la UNPAZ, siendo su segundo acercamiento al nivel educativo superior. Facundo conoce a Zaira porque es amiga de su esposa y de su familia. La caracteriza como una persona muy extrovertida y creativa, y la contacta porque considera que su experiencia puede aportar un contenido interesante para el proyecto de investigación. Además, su perfil amplifica la heterogeneidad de las personas entrevistadas. El trabajo de campo lo realizan Martina Cassiau y Patricia Vargas, un sábado por la mañana del mes de mayo de 2019. Las fotos son de autoría de Martina y su curaduría, realizada por Lorena Schiava D' Albano.

Zaira vive en el barrio Villa Iglesias, a diez cuadras de la UNPAZ. Se trata del lugar en donde creció con su familia y en el que, actualmente, ella y sus dos hermanos decidieron instalarse y llevar adelante una vida comunitaria. Cada uno proyecta allí un hogar propio.



Todas las casas están “a medio hacer”. En particular, su casa de dos plantas se encuentra en construcción: cuenta con un baño, un living-comedor, una pequeña cocina y un cuarto en la planta alta. La planta baja está abarrotada de materiales para terminar las paredes, tachos de pintura, pinceles. Ella misma va avanzando con estas labores “en sus tiempos libres”.

El terreno donde vive ocupa toda una esquina, delimitado por ligustrinas y plantas. Su familia se mudó ahí cuando ella tenía 7 años. Del barullo, el cemento y las plazas duras del barrio porteño de Once, pasaron a la calma, el canto de los pajaritos y la naturaleza del conurbano paceño.

Este terreno marcó un antes y un después en la vida de Zaira y su familia. Ella y sus hermanos crecieron en ese pedazo de tierra, donde aprendieron sobre los árboles y la naturaleza. Tiene árboles antiguos y puede distinguir entre los que plantó su familia y los que ya estaban allí. Nos muestra el eucalipto, el árbol de palta, el nogal, el laurel y el árbol que da unos nisperos “no tan buenos”. También tiene plantas de aloe que usa para distintas cosas. Hay objetos que vinieron con el terreno y forman parte de la infancia de Zaira: como una plancha de hierro antigua que siempre estuvo en el jardín o una damajuana añosa que está en algún rincón más al fondo.

Ese terreno condensa un tipo de vida, quiebres en su genealogía familiar y vaivenes entre las personalidades más y menos estructuradas de su núcleo más íntimo. Separaciones de abuelos y padres. Divorcios. Sus padres dejaron el lugar cuando sus hijos eran adolescentes. Zaira y sus hermanos fueron y vinieron. Pero siempre volvieron. Su vida, la de sus padres y sus hermanos están vinculadas a este terreno. El lugar se hace presente en narraciones e historias de vida que lo vuelven permanente y entreteje a la familia, siendo un unguento de cohesión familiar.

Las construcciones y lo que sucedía en el terreno fue variando durante toda su vida, pero este espacio marcó un anclaje o permanencia en la familia de Zaira. El terreno es único y se eleva por sobre otras cosas que pueden intercambiarse o venderse. Es un espacio con ruinas que cuentan y muestran una historia. Son los restos de una historia que, por momentos, parece que se pretende borrar. Como el vitral que Zaira pintó en la ventana de su cuarto volviendo ese espacio suyo. A pesar de la vida familiar conflictiva o compleja que relata Zaira, el terreno nunca se puso en venta.

El terreno tiene, en el sentido en que lo propone Annette Weiner, características “inalienables” para su familia: es un punto de encuentro y de reuniones. El lugar donde sus amigos de toda la vida entran y salen sin tocar la puerta. El lugar al que vuelve cuando se separa de un novio. El lugar al que vuelven los abuelos para reunirse con la familia en momentos celebratorios, como cumpleaños y festejos de navidad o año nuevo.

En la introducción a su artículo de 1985, sobre “Riquezas inalienables”, Weiner se pregunta cómo se crea valor en los objetos que permanecen fuera de circulación y responde que “el valor de la inalienabilidad se expresa a través del poder que tienen los objetos para definir quién es quién en un sentido histórico” (Weiner, 1985). Sin lugar a duda, el terreno condensa la identidad y la historia de la familia de Zaira. A pesar de las peleas, rivalidades y conflictos intra-familiares, hoy se muestran como una unidad y es un espacio de “paz” en donde se vuelven a reunir todos. La familia y la unidad permanecen a pesar de los cambios, constituyéndose como un grupo diferenciado.

Lorena Schiava D' Albano, cuando analiza este registro, pone su atención en la transmisión de lo intangible: Zaira piensa en los abrazos de su viejo cuando era muy chica como “un buen regalo recibido”, mientras que define como “un buen regalo para dar”, los momentos en los que trata de “ayudar a sus sobrinas a aprender algo” o cuando les puede “explicar algo que le preguntan”. Situaciones familiares que involucran una transmisión de saberes y de afectos, jerarquizándolos por encima de la “frivolidad de las cosas”, como caracteriza Zaira al consumo contemporáneo, a la acumulación de cosas inútiles.

Zaira nos permite reflexionar acerca de la propiedad, la herencia, lo que se conserva. Siendo que se trata de la primera generación que hereda y habita este terreno ¿será éste una riqueza inalienable? ¿Serán los saberes, habilidades y conocimientos riquezas intangibles aunque no se objetiven en la cultura material?

Esta experiencia nos habilita a pensar en los afectos y las emociones involucradas en el habitar de esta familia paceña. Quedan entonces, abiertos interrogantes sobre las riquezas intangibles y los “recuerdos memorables” que tienen lugar en la casa. Asimismo, mover las cosas o “no poder moverlas” resulta ser un clivaje significativo en las rutinas cotidianas. Como veremos en el próximo apartado, santuarios domésticos “inamovibles” también pueden modificar la experiencia de estas familias.

### ***Atender o destruir: la casa que viene con su Gauchito Gil***

En el 2019, Jéssica tiene 26 años, está en pareja y tiene una hijita. Es estudiante de trabajo social en la UNPAZ. Facundo y Jéssica fueron compañeros de curso en la materia Prácticas de Trabajo Social IV y compañeros del grupo de prácticas junto a otra estudiante. En el caso de Jéssica, Facundo sugiere su incorporación como entrevistada por presentar en su trayectoria académica una interrupción importante, ya que se encontraba retomando la universidad luego de 2 años –según le comentó a Facundo, por motivos familiares–. Al igual que Zaira, Jéssica es caracterizada por Facundo como muy extrovertida y conversadora y además reside en un barrio distinto al de los otros entrevistados, lo cual colabora para poder cubrir un radio más amplio en términos de heterogeneidad socio-geográfica. Vive en el barrio Frino, un barrio de casas iguales creadas por el gobierno de la entonces presidenta Cristina Fernández entre los años 2009 y 2014, nominado por manzanas – como es el modo en que el Estado singulariza los emplazamientos, acompañado por un número que individualiza la residencia–. Es una casa de material que cuenta con un patio delantero de unos 6 metros cuadrados, cocina-comedor, un living, dos dormitorios y un baño, y tiene, como ya veremos, la particularidad de contar con un pequeño santuario del Gauchito Gil en el patio de adelante.

Visitamos a Jéssica, Melanie Liberman y Patricia Vargas, un mediodía cálido y tranquilo de un viernes del mes de mayo. Coordinamos para vernos en una de las estaciones del tren San Martín, en su recorrido desde capital y una vez en José C. Paz, caminamos hasta la universidad para encontrarnos con Facundo, quien nos llevó en auto hasta la casa de Jéssica. Llegamos en 10 minutos. Las fotos son de autoría de Melanie y su curaduría, realizada por Lorena Schiava D' Albano.



La entrevistada nos espera en la entrada, delante de una reja que da paso al jardín de la casa, nos recibe cálidamente, y nos invita a pasar. En esos metros, cruzamos un rosal, un duraznero, una planta de paltas que aún no había florecido, y otros arbustos y plantines que cubrían las esquinas del jardín que ella cuidaba y atendía personalmente. Entre los árboles y las malezas rebeldes que cubren algunas zonas resacas por el contacto constante por el sol, reclaman su espacio los juegos de Clara, única hija de la pareja, que juega con dos vecinos mientras nosotras entramos a la casa. Un tobogán rojo y una hamaca doble de un metro de alto –también un poco oxidadas por la intemperie– imponen sus estructuras metálicas brillantes y rígidas a los espectadores. Justo detrás, frente a la ventana de la casa y situado en un punto estratégico del jardín, hay un altar del Gauchito Gil. La estructura de vidrio se sitúa a un metro de altura del piso, que le permite ver y ser visto dentro y fuera de la casa. Jéssica nos aclara que no es creyente ni practicante, a diferencia de su marido –nacido el 8 de enero, día nacional del Gauchito Gil– pero que ella es quien lo “atiende”. Para hacerlo de manera apropiada, tuvo que aprender el modo correcto de poner las ofrendas del santo: un vino con un vaso de vidrio, cigarrillos y decoraciones color rojo, entre otras, todas relativas a los gustos del Gauchito Gil. Es por eso que una vez por semana le deja un cigarrillo, y cuando se acuerda, le pide a su madre que le compre un vino para reponer el terminado, porque según nos comenta, es mejor que las ofrendas las traigan otras personas, *de afuera*, y no los habitantes de la casa.

Fue la casa misma la que introdujo a Jéssica con el altar y sus ofrendas como nuevos posibles convivientes. Lo dejó en el patio su anterior dueña, porque como la entrevistada nos explicó: “la casa que se hace con el Gauchito se queda con el Gauchito. Vos si querés lo rompes cuando te mudás, pero no te lo podés llevar”.

La casa elegida para vivir introdujo –por no decir impuso– esta nueva posesión y con ella nuevos aprendizajes y tiempos de cuidado, invitando a Jéssica a tomar una decisión: destruirlo o cuidarlo. Pero en ningún caso llevarlo.

La antropóloga social contemporánea especializada en Japón, Julie Valk, escribió un artículo en 2020 sobre la pérdida del sentido original del valor de los kimonos, y simultáneamente, la imposibilidad de venderlos o tirarlos, por el valor que sigue teniendo en términos de herencia femenina intergeneracional. Valk retoma a Weiner para pensar a los kimonos como textiles inalienables, pero a la vez, con una fuerte impronta *alienante* en tanto involucran cuidado y aprendizaje de un uso que ya no se realiza en el marco de los nuevos roles femeninos de las japonesas del siglo XXI (Valk, 2020).

Salvando las distancias, pero de manera análoga al peso que los kimonos representan para las mujeres japonesas, nuestra experiencia con Jéssica nos invita a pensar: ¿Qué pasa cuando la casa “viene” con objetos que no se pueden sacar o destruir? ¿Qué ocurre cuando esos objetos, además, obligan a las personas a aprender a cuidarlos, cuando los objetos tienen tal grado de agencia que imposibilita el descuido o la indiferencia? ¿Qué estatuto ocupa este altar del Gauchito Gil en la vida de Jéssica? ¿Es un objeto inalienable porque se trata de un objeto sagrado? ¿O se convierte, para sus nuevos dueños, en un objeto alienante?

Como mostramos en este apartado, la construcción de sentido y valor puede ponerse en objetos que no se pueden mover, o en otros “no heredables”. Sobre este último punto ahondaremos en el apartado siguiente, a través de la experiencia de Marcela.

## ***Ni tirar ni reemplazar: el Divino Niño y la espiritualidad cotidiana***

En el 2019, Marcela tiene 32 años, es esposa de un gendarme y madre de dos niñas de 8 y 10 años. Trabaja limpiando una casa de fin de semana en Pilar y estudia educación física en la UNPAZ. Facundo la contacta aunque no la conoce personalmente, por recomendación de una amiga en común. Como tiene buena predisposición, agendan la entrevista.

Ubicada a 7 cuadras de la universidad, su casa está emplazada en una calle transitada, a una cuadra del paso a nivel de la vía del Tren San Martín. Marcela y su familia alquilan desde hace 10 años en este lugar. Los primeros 6 años vivieron en “la casita de atrás” y los siguientes 4 años (hasta el momento del trabajo de campo) se mudaron “adelante, porque es más grande”, aprovechando la coyuntura en la cual la dueña se enfermó y se fue.

Visitamos este hogar Julieta Concilio y Patricia Vargas, un viernes de mayo al mediodía. Las fotos son de autoría de Julieta y su curaduría, realizada por Lorena Schiava D’Albano. Caminamos desde la universidad esas 7 cuadras, y a medida que nos alejamos, el paisaje empieza a alternarse entre edificios nuevos de poca altura, caserones cerrados con muros de cemento y casas de cemento pintado y ladrillos a la vista. A mitad de camino nos encontramos con una plaza llena de niños y niñas jugando. También deambulan perros sueltos en la calle.

Accedemos a la casa por el jardín delantero, cuya puerta de hierro de altura mediana (como las paredes) parece tener varios años. El piso es de mosaicos de vereda –con dos huecos para pasto, que tienen poco relleno– color amarillo crema. Se ven algunas plantas “descuidadas”, según la propia Marcela. Tienen un perro caniche toy blanco que se llama Scott. Se los regaló un sobrino de ella a sus hijas y él le puso ese nombre.

Luego de saludarnos, accedemos al interior de la vivienda. La puerta de entrada da a la sala-comedor; se encuentra abierta y así se mantiene durante toda la charla. Las paredes están pintadas de violeta claro; la televisión encendida a volumen bajo transmite un documental sobre naturaleza, está apoyada sobre un escritorio de PC marrón claro que no tiene nada más en sus estantes. Hay tres sillones de cuerina negra, mullidos y adornados con almohadones rojos hechos a mano por la hermana de Marcela. Arriba del sillón de tres cuerpos hay colgado un cuadro pintado a mano por el hijo de la dueña de la casa, que ésta les dejó cuando se mudó. Del lado izquierdo de la TV hay otro escritorio (más chico que el de la tele), con una PC gris, con monitor CRT (de tubo). Al costado, hay una estufa de tiro balanceado que también es usada como estante, donde hay dos porta-retratos (fotos de las nenas) y un recuerdo de viaje.

En el centro del lugar donde están los sillones, la televisión, la PC y la estufa alrededor, hay una mesa ratona con tres recuerdos arriba de ella. Esta mesa es de madera maciza, de algarrobo, del mismo juego que la mesa grande y las sillas que se ubican del lado opuesto a la puerta de entrada. Fue un regalo de su papá. Detrás de la mesa y las sillas, hay un aparador de madera maciza que ocupa toda la pared. Se lo “compraron a la dueña de la casa cuando se mudaron de la casita de atrás a ésta, más grande, hace 4 años”. Marcela lo quiso comprar porque “le gustó que fuera grande” y ahora lo quiere cambiar porque le parece “demasiado grande”.

En el centro de dicho modular y ocupando el lugar más destacado, encontramos un árbol de la vida, un ángel de la guarda –recuerdo de cuando fue a Luján–, una virgen de Itatí y



el Divino Niño, que es desde la perspectiva de Marcela, “el más importante” a la hora de reflexionar sobre la espiritualidad cotidiana.

Patricia: ¿Ese quién es? (señalando una escultura de yeso de un bebé con una aureola dorada alrededor de la cabeza).

Marcela: Es el Divino Niño... sería... Jesús en bebé... Yo tampoco lo conocía... todos los 25 es su fecha... mi hermana me manda recordatorio todos los 25...

Patricia: ¿Qué se hace con él?

Marcela: Más que nada, le agradecemos... tiempo de parciales ¿está ahí!

Julieta: Ah, y ¿le prendés una vela o le hablás?

Marcela: Más que nada le hablo. Al menos me tranquiliza.

En el modular, pero detrás de las fotografías y otros objetos abigarrados, hay otras dos esculturas pequeñas que se parecen, pero no se ven totalmente. Son más coloridas: sobresalen el celeste, el dorado y el color carne. Le preguntamos sobre ellas.

Marcela: También, el Divino Niño... y después está este (otro Divino Niño) que era un velador, que se terminó rompiendo.

Lo miramos detenidamente y nos percatamos de que hubo un intento de repararlo, juntando sus pedazos y pegándolos. Nos llama la atención que no se deshizo de él. Es el único objeto roto que no tiró ni reemplazó. A lo largo de toda nuestra conversación Marcela enfatiza mucho las cualidades de durabilidad de las cosas, y la necesidad de reemplazarlas con la rotura o el desgaste, y de donarlas o descartarlas, según sea el caso. Por ejemplo, cuando nos habla de sus electrodomésticos, hace un listado y los jerarquiza por su grado de importancia: lavarropas, televisor, celular. Nos comenta que, apenas se rompen, los reemplazan. En el caso de la ropa, permanentemente hace una selección de lo que ya no utilizan en su casa, y si está “usable”, se encarga de lavarlo, organizarlo y donarlo. No ocurre lo mismo con este objeto de devoción: a pesar de las roturas, el Divino Niño en forma de velador, no se reemplazó ni se desechó y está entre los objetos más visibles de un aparador en la sala-comedor de su casa.

Junto al Divino Niño, en el mismo modular, hallamos recuerdos o souvenirs –ya sean cosas producidas por las hijas, regalos de familiares, recuerdos de viajes propios, o souvenirs de eventos– y fotos, sobre todo las fotos escolares de las nenas, la foto de la suegra. También hay objetos que representan el equipo de fútbol favorito del esposo y de las hijas, River Plate. Aquí también encontramos un objeto que a Marcela le parece feo, pero que dice no poder tirar porque es un recuerdo que hizo su hija con sus propias manos: se trata de un dinosaurio de papel maché que también sobrevive a los avatares del tiempo.

Sobre el final de la visita, conversamos sobre “objetos heredados”. No es un tópico surgido de la observación, sino un tema introducido por las investigadoras, con una pregunta directa:

Patricia: Y ¿algún objeto que hayan heredado en tu familia?

Marcela: (piensa) No. Eh... no, que nos hayan dado, no.

Patricia: ¿no? No sé, a veces es una medallita o alguna cosita.

Marcela: Ah, medallita sí. Eh... mis abuelas me habían dado prendedores, que nos ponían de bebé, así que los tenemos guardados. Eh... bueno, a las nenas, las abuelas les habían regalado pulseritas cuando eran bebés, también se las guarda. Pero... cosas grandes, no... objetos que nos hayan dado, no... no...

Julieta: ¿Y algo que vos le vayas a dejar a tus hijas? ¿Algo que te gustaría que heredaran?

Marcela: (silencio, pensativa) No, ni idea... (risas)... ¡mientras no sean cuentas!

Si retomamos las ideas de Weiner en torno a los objetos inalienables, la clave para la comprensión del sistema de clasificación que hace Marcela es, como sugirió Julieta Concilio, la “rotura”. Pareciera que la rotura es la llave que nos permite comprender cuándo un objeto tiene un valor más allá de su utilidad: los electrodomésticos rotos se pueden cambiar, la ropa gastada se puede (y se debe) donar –para ser buena vecina, tal como también nos contó–, pero la lámpara rota del Divino Niño no se puede tirar ni reemplazar. Profundamente creyente, para Marcela la forma de experimentar la religiosidad cotidiana deviene en un vínculo personalizado e íntimo con el Divino Niño, para pedir y agradecer, conversar con él y conservarlo.

Por el contrario, la idea de herencia (que desde la teoría, a priori, podría imaginarse como vinculada con los objetos inalienables) no es experimentada de ese modo por Marcela: hay medallitas y pulseritas guardadas, pero no son pensadas como objetos heredados ni heredables. Para Marcela, heredar se vincularía con “cosas grandes”, pero no con la transmisión inter-generacional de objetos pequeños o personales. No es algo que siquiera “haya pensado”.

Annette Weiner, en su artículo sobre la “Diferencia cultural y la densidad de los objetos” se pregunta ¿cuáles son las estrategias que se usan para mantener las cosas fuera de intercambio como un medio para crear valor? Y responde que el valor se crea al sustraer ciertas posesiones del proceso de intercambio, posesiones que nunca deberían circular, diferenciadas de aquellas que se pueden prestar o intercambiar por sus equivalentes. Pero más importante aún que los propios objetos son, para Weiner, quiénes los poseen, cómo las familias a través de las herencias, construyen y perpetúan sus legados identitarios. En ese sentido la transferibilidad es fundamental para la conservación (Weiner, 1994).

Marcela nos invita a pensar dos cuestiones en torno a la relación entre lo duradero y lo inalienable, lo que se debe guardar, aunque esté roto, y lo que se debe desechar, donar o reemplazar, cuando termina su vida útil (desde la perspectiva de sus poseedores). El “Divino Niño”, como parte de la imagería devocional presente en la casa de Marcela, tiene un carácter sacro y forma parte de lo inalienable. Por eso se lo guarda y se lo preserva de ser desechado o reemplazado.

Sin embargo, esta idea de transferibilidad, de transmisión, que para Weiner es central a la hora de pensar el carácter inalienable de los objetos, resulta inapropiada para pensar la relevancia de lo inter-generacional. Para Marcela sólo se heredan las “cosas grandes” y no hay nada de esas características en su horizonte de sentido. Lorena Schiava, al analizar el registro, nos advierte acerca de la externalidad de la categoría “herencia”, tanto en el sentido en que lo piensa Weiner, como en la introducción que hacemos las investigadoras durante la experiencia de campo, dando cuenta de una distinción entre las categorías de nuestros interlocutores y las propias de “los expertos”. Un llamado de atención metodológico que habilita la etnografía (colectiva).

A continuación veremos el contrapunto de las “cosas grandes”, esas “cosas chicas” que pueden guardarse mientras se exhiben.

## ***Retener mientras se exhibe: colecciones inalienables***

En 2019 Yamila tiene 37 años y cursa el cuarto año de abogacía en la UNPAZ. Facundo tiene conocidos en común con ella, y recuerda algunas charlas compartidas en torno a las carreras y la representación gremial estudiantil. Sugiere su incorporación al trabajo etnográfico puesto que es madre soltera, está a cargo de la crianza de su hijo adolescente y, en la actualidad, reside con sus padres. Su familia es numerosa, algunos de sus hermanos viven en las inmediaciones de la casa de sus padres. La casa donde habita Yamila posee dos jardines, uno delantero y otro posterior, un garaje, 2 baños, 3 dormitorios, un *living* comedor amplio y una cocina. A diferencia de otros entrevistados, Facundo la caracteriza como una persona más reservada e introvertida, pero con una excelente predisposición cuando la contacta, para colaborar con la investigación.

En el corazón del Barrio Concejal Alfonso, esta casa anida un conjunto de experiencias migratorias, saberes locales y, también “esperas”, como la de Yamila, quien aguarda pacientemente en su casa familiar para terminar de construir su “casa propia” en el terreno que adquirió en la Liga de Remates. El proyecto de la casa propia, “mi casita” según nos dijo Yamila, se detuvo a razón de la reducción horaria de su trabajo en el marco de un contexto generalizado de caída del empleo en un contexto de profunda recesión, inflación y pobreza (Blanco Esmoris e Hijós, 2021) que tuvo como consecuencia, la merma de sus fondos comprar materiales como arena, ladrillos y cal; y contratar mano de obra para llevar adelante la edificación. Esta situación hizo que ella y su hijo, permaneciesen más tiempo del previsto en casa del padre y la madre de Yamila, cuya casa estaba a unos metros de su lote. Tanto para Yamila como para su familia, era fundamental, tener proximidad geográfica con sus seres queridos a modo de poder compartir y transmitir un conjunto de quehaceres, rituales y objetos mientras se “espera” y se proyecta en la tan ansiada vivienda independiente. De igual manera, para poder ayudarse mutuamente.

Visitamos a Yamila una mañana de viernes del mes de septiembre de 2019, María Florencia Blanco Esmoris y Patricia Vargas. Las fotos son de autoría de María Florencia y su curaduría, realizada por Lorena Schiava D’ Albano.

Al llegar a la vivienda, observamos que una reja de mediana altura marcaba el inicio de la propiedad familiar. Luego de pasarla, en el extremo derecho está la casa propiamente dicha y del lado izquierdo, se puede ver un garaje semi-cubierto que lleva a un jardín lleno de árboles frutales y plantas salvajes. Literalmente, entramos “por la puerta de atrás” a su casa familiar. Atravesamos el jardín con Yamila hasta llegar a la cocina. Mientras accedíamos al interior, destacó que “tenía conexión a la red de gas”, lo cual era clave para recibir a una familia extensa que de acuerdo al evento podía alcanzar las 17 personas, y que ella era la “primera generación de universitarios de su familia”; como dos mojones vitales de su vida y de lo que acontecía en su casa.

Mientras conversamos, nos fue agasajando con un conjunto de manjares, desde un té de yuyos hasta un dulce de zapallo casero, todo elaborado por la madre de Yamila. No dijimos que no y degustamos todo lo que nos ofrecieron como si estuviéramos invitadas a una feria de comidas y bebidas. Yamila nos cuenta que esas son las cosas que “no pueden faltar en la casa” pues conforman la dieta diaria de la familia. Acto seguido, la madre de Yamila no tardó en señalarnos las propiedades curativas de la infusión recomendada por un médico



y cuya receta seguían a rajatabla y lo producían en grandes cantidades, dejándolo reposar en un bidón de plástico de cinco litros.

Tras este puntapié, Yamila estaba ansiosa por saber sobre qué más hablaríamos. A lo que nuestra genérica respuesta –“sobre tu vida y tu casa”– pareció incomodarla un poco, pero a medida que pasaron los minutos ella fue mostrándonos su vida. Compartirnos quién era y dónde vivía, incluía indicaciones precisas de cada elemento que decoraba la casa, así

como ir a la búsqueda de diversos objetos que eran tanto significativos para ella como para toda su familia. Barcos en miniatura, cuadros de jineteadas, filas interminables de mates de diversos materiales, formas y texturas; boleadoras colgando de las paredes “del fondo”, cuchillos de materiales como huesos y cerámica y, una máquina de coser Singer sin uso en medio del patio, componían parte de un paisaje cuyo dinamismo configuraba una forma manifiesta de la inalienabilidad de lo que poseían. Si bien dicha inalienabilidad hunde sus raíces en una casa familiar que con “trabajo y esfuerzo” habían construido su padre y madre, ella entiende que dicho principio se proyecta también en los bienes y objetos que allí se despliegan, reactualizando historias sobre “el Entre Ríos natal” y un “campo” profundo que contorneaban su día a día.

Durante nuestra estancia, amén de las rejas, su casa estaba abierta a quienes llegasen. Luego de arribar su madre, lo hizo su padre, un compañero de militancia y Facundo, nuestra llave de acceso a la morada. Cada llegada auspició de un momento de exhibición de artefactos, fundamentalmente por parte del padre de Yamila quién resultó ser un ávido informante y el curador de lo exhibido. Junto a él Yamila nos comentó sobre los cuchillos y los mates y la tradición entrerriana de atesorar esos objetos. Cuando nos mostraron esto, nosotras –las antropólogas– entendimos que se trataban de colecciones, como si estuviéramos refiriendo a una reliquia específica que se mira y no se usa y que queda guardada en la vitrina de algún museo. Sin embargo, rápidamente el padre de Yamila nos corrigió muy amablemente señalando que eran “recuerdos”, precisión que advirtió nuestra colega Lorena Schiava D’Albano al leer nuestro registro. Para su padre los objetos hablan y “hacen contar” historias propias y ajenas, movilizándolo incluso otros objetos inalienables de la familia y de las personas que circulan por la casa. Por eso no se intercambian ni se guardan, y, si eventualmente se regalan, van acompañados de un relato, una anécdota, una vivencia que debe perdurar con aquello que se da.

La literatura experta suele apuntalar que las etnografías dicen tanto sobre quienes escriben como sobre quienes se estudia. En este caso, consideramos que nuestra escritura habla de las tensiones clasificatorias de unos/as y otros/as y los modos en que objetos (in)alienables se tornan constitutivos de la cotidianidad doméstica en la casa. En esta línea, Annette Weiner nos permite aprehender un tipo de práctica: retener-mientras-se-exhibe. En particular, encontramos un modo específico de analizar la inalienabilidad vinculada con la muestra, con el mirar y ser mirado y, eventualmente, el regalar. Mates con plata o alpaca, de madera, de calabaza o “la estrella”, el mate galleta, nos hacen partícipes en múltiples relatos significativos de la vida en José C. Paz. En esta experiencia con Yamila y su familia, encontramos que poseer, atesorar y compartir se tornan acciones indisolubles de un modo de apropiar la casa a la vez que de una manera mediante la cual significar lazos parentales, desplazamientos espaciales y la misma intimidad.

Como nos propone la autora homenajeadá en el presente dossier:

Encontramos dos clases de bienes inalienables: los que nunca deben circular y los que, en determinadas circunstancias, pueden ser entregados a otros, ya sea en préstamo, como copias, o a cambio de otro objeto de la misma clase. En este último caso, las cualidades afectivas que constituyen la identidad social

y política del donante permanecen incrustadas en los objetos, de modo que cuando se dan a otros, los objetos crean un vínculo emocional con los receptores (Weiner, 1985).

Esta cita nos remite a diversos modos de privar de la circulación los objetos, los cuales, en última instancia si son dados lo serán con un conjunto de relatos y emociones “incrustadas”, estrechamente vinculadas entre quienes dan y quienes reciben. Y como veremos en la última escena escogida para este artículo, paradójicamente se puede dar para seguir teniendo, como nos muestra Nicola, quien recibe el mueble de Fernanda para que ella lo pueda seguir disfrutando.

### ***Dar para conservar: los muebles que da Fernanda y no se pueden regalar***

En el 2019 Nicola tiene 44 años, es estudiante de tercer año de abogacía en la UNPAZ y trabaja en una empresa de mantenimiento industrial, como tercerizado. Convive con sus 3 hijos (dos universitarios y un adolescente que cursa la secundaria) y su esposa, que está terminando el nivel medio en el barrio; un sobrino con su pareja, y eventualmente su papá. Cuando se presenta, destaca su “doble nacionalidad europea” aunque menciona con orgullo sus raíces “norteñas por parte de su padre y el oficio de carpintero y ebanista de sus ancestros en Salta”.

Facundo conoce a Nicola porque ambos forman parte la misma organización política y comparten su pasión por la participación gremial estudiantil en la universidad. Todos lo conocen por su apodo, “chango”, y se define a sí mismo como “un vecino del barrio 9 de julio”, cercano a la universidad, y “un referente barrial” por, entre otras cosas, llevar adelante el club de fútbol “Los Leones”, ubicado a la vuelta de su casa y al que acuden infantes y jóvenes de la zona. Es muy popular y su casa es socialmente reconocida como “un lugar de encuentro”.

La vivienda es una construcción de material, que tuvo varias remodelaciones y que continúa en construcción, sobre todo en la planta alta. Sus fines de semana y días de franco los destina, junto a familiares y amigos, a hacer refacciones y mejoras. En el ingreso a la propiedad se encuentra un mono ambiente donde vive su padre, un baño exterior y un pequeño patio de cemento en el medio de la casa. Luego aparece la otra construcción donde vive él junto a su familia, y la otra parte donde reside su sobrino con su pareja: allí cuentan con 1 baño, cocina, living comedor y 3 cuartos más. Desde la perspectiva y la experiencia de Facundo, la casa de Nicola es una “vivienda en constante movimiento, con la puerta abierta de par en par, con un ingreso y circulación casi permanente de amigos propios, de sus hijos y de su familia”.

Visitamos a Nicola, Julieta Impemba y Patricia Vargas, un sábado por la mañana, el mes de abril de 2019. Las fotos son de autoría de Julieta y su curaduría, realizada por Lorena Schiava D’ Albano.



Después de hacernos pasar al comedor y conversar sobre la universidad y la familia, nos concentramos en el protagonista del espacio: un modular de madera oscura que ocupa toda la pared.

Patricia: ¿Y ese mueble?

Nicola: Ese mueble me lo regaló una compañera, Fernanda, de Trabajo Social.

Patricia: ¡Fernanda... la conozco! ¡Fue mi alumna en antropología!

Nicola: Sí... vivía en una casa-quinta hermosa... que le dejó el abuelo, en Tigre. Pero se tuvo que mudar porque no la podía mantener.

Patricia: Ahhhh. O sea que este mueble era de los abuelos...

Nicola: Del abuelo.

Julieta: ¿Y por qué te lo regaló? ¿Porque necesitaba lugar?

Nicola: Necesitaba espacio y me dijo: "Te lo regalo, te lo llevo". Ella se vino a vivir acá, a un departamento en San Miguel, cerca de la estación (...) Trajo el mueble en el camión de mudanza (de ella) y lo dejó acá, para verlo. No lo quería dar, pero lo tenía que dar, no lo quería vender, porque eso iba en contra de lo que pensaba el abuelo, y como ella era la preferida del abuelo, "voy a regalarlo pero a alguien que yo lo pueda ver, sentirlo"... O sea, quería regalar las cosas para verlas.

Julieta: Ahhh, ¿para seguir viéndolas! ¿Y te viene a visitar?

Nicola: Sí, viene a comer. Es como que dijo: "Yo, si lo regalo, quiero que sea gente conocida y después ir y verlo". A Pedrito, otro compañero que vive acá a la vuelta, le regaló una mesa con las sillas. Lo mismo: "Te lo regalo, no lo regales". Era la condición, ¿viste?

La fórmula que nos propone Annette Weiner en su texto seminal se vincula con la existencia de cosas que se deben guardar y no se deben donar o dar, en tanto esas cosas que se conservan afirman identidad y continuidad en el tiempo. Fernanda invierte esta propuesta teórica y nos provoca a pensar cómo se puede dar para conservar, dar, para seguir teniendo. Fernanda se tuvo que mudar y le regaló los muebles heredados del abuelo a gente a la que visita asiduamente y con la que tiene un lazo importante. Es la única forma de poder seguir unida a esos objetos queridos, según Nicola. Fernanda lo confirmó en una charla que mantuvimos con ella en la universidad. Fernanda da, para guardar, para seguir disfrutando de esos objetos; para mantener el vínculo y la memoria con su abuelo, a la vez que consolidar los lazos con sus donatarios. Da, por la imposibilidad de guardarlos con ella, pero a condición de privar su circulación: son muebles que se dan para usar, pero no se los puede regalar, ni vender. Es la solución que Fernanda, como nos dijo Nicola, "la niña de sus ojos" del abuelo, encuentra para seguir unida a él, a la casa-quinta de Tigre, a la memoria familiar, actualizada cada vez que visita a quienes cobijan, cuidan y hospedan sus muebles (así, inalienables).

## Conclusión: la inalienabilidad "puertas adentro"

La arquitecta y antropóloga argentina Julieta Barada señala que "las casas contienen otras casas" (Barada, 2018). En nuestra etnografía colectiva, identificamos que las casas pueden albergar otras casas y también, muchas cosas. Retomando la propuesta de Annette Weiner sobre las posesiones inalienables (*inalienable possessions*), nos preguntamos por los objetos domésticos que se retienen a la vez que se exhiben. "Cosas chicas" que se atesoran en diversos recovecos y estantes de la vivienda movilizandolas historias y afectos; "cosas grandes" que se heredan y se comparten.

Este artículo es una primera reflexión de un trabajo de campo colectivo "en construcción" vinculado con los objetos, las personas y las relaciones en la cotidianidad del hogar de

estudiantes de la UNPAZ. Facundo, llave fundamental para concretar el inicio de esta investigación, nos permitió el acceso “puertas adentro” de los hogares de Zaira, Jéscica, Marcela, Yamila, Nicola y Fernanda. En esos mundos, nos encontramos con modos específicos mediante los cuales significar el habitar en la casa y buscamos una respuesta a la pregunta sobre cómo la inalienabilidad se inscribe en la domesticidad de las personas.

Fue así que recorrimos los terrenos múltiples y frondosos del habitar de estas personas. En el marco de este dossier, pensar y problematizar diversos emergentes que asomaron en nuestras visitas y notas de campo desde los aportes de Weiner fue fundamental para comprender diversas acciones que se pusieron en juego en pos de sostener la inalienabilidad de ciertos bienes, aun cuando algunos de ellos devinieran alienantes para nuestros interlocutores. Un terreno que se aprende a habitar comunitariamente, un Gauchito Gil que pertenece a la casa y obliga a ser atendido, un Divino Niño que se rompe y aun así se guarda, mates y cuchillos que se retienen y exhiben, un modular que se da para poder conservarlo, articularon el repertorio de acciones-objetos que tuvieron lugar en estas escenas etnográficas.

A través de las cinco historias presentadas quisimos, de la mano de Weiner, recrear una teoría potente, pensada para otro tiempo y otro contexto, y probarla en su fertilidad para interpretar nuestra experiencia del 2019 en el conurbano.

Por último, una cuestión que dejamos abierta para profundizar en próximos análisis, es la tensión que emerge entre lo que nuestros interlocutores nos dicen con respecto al mundo de las cosas, y lo que nos muestran, lo que vemos. ¿Por qué, en un mundo doméstico abarrotado de objetos, estas personas se esfuerzan tanto en remarcarlos que “no les interesan las cosas”, “que no son materialistas”, “que los consumistas son otros” (otros miembros de la familia o personas de otros mundos sociales) y no ellos? ¿Qué son más “espirituales” que “frívolos”, que importa más “lo emocional y lo afectivo” o lo intangible, que “el dinero y las posesiones”? En síntesis, ¿por qué es tan terrible tener, adquirir, exhibir cosas en este mundo, al punto que debe ser moralizado?

## Notas

1. La UNPAZ fue creada en el año 2009 mediante la Ley Nro. 26.577 con el objetivo de garantizar el derecho social y fundamental de la gratuidad y acceso a la enseñanza universitaria “pública, libre y gratuita” de calidad, en un partido que entonces no contaba con una universidad nacional y pública.
2. José Clemente Paz es un partido joven, creado en el año 1994, junto a los partidos de San Miguel y Malvinas Argentinas. De acuerdo con el censo 2010, posee una superficie de 50,16 Km<sup>2</sup> y pertenece al denominado “segundo cordón” del Gran Buenos Aires (conformado por 24 partidos). Registra una densidad poblacional de 5.302,65 habitantes por kilómetro cuadrado, número muy superior a la que registra el cordón al que pertenece. Para 2010 contaba con 265.981 habitantes residentes en sus más de 70 barrios (CNPV 2010-INDEC en Atlas del Conurbano Bonaerense).

## Bibliografía

- Atlas del Conurbano Bonaerense. (s.f.). Recuperado 18 de marzo de 2021, de <http://www.atlasconurbano.info/pagina.php?id=209>
- Bajtín, M. (1987). *La Cultura Popular en la Edad Media y Renacimiento*. Madrid: Alianza.
- Barada, J. (2018). *Entre casas, departamentos y viviendas: Una etnografía de las relaciones entre los pastores y el estado desde la producción de arquitectura doméstica en un pueblo puneño*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- Blanco Esmoris, M. F. e Hijós, N. (2021). “Sacar lo mejor de esto”: la positividad como principio de certeza en tiempos de COVID-19. Un análisis crítico sobre las experiencias en Buenos Aires, Argentina, en J. C. Neri Guzman; R. Medina Rivera, M. A. Medina Ortega, & P. I. González Ramírez (Comps.), *Efectos sociales, económicos y en la salud ocasionados por la pandemia del COVID19. Impactos en empresas, actividades económicas, gobierno y grupos vulnerables* (No. 8) (pp. 211-230). Colección Investigación Regional para la Atención de Necesidades Locales, Editorial Plaza y Valdés.
- Valk, J. (2020). The Alienating inalienable. Rethinking Annette Weiner’s concept of inalienable wealth through Japan’s ‘sleeping kimono’, en *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, Volume 10, number 1: 147-165.
- Weiner, A. (1985). Inalienable wealth, en *American Ethnologist*, Vol. 12, Nº 2 (May, 1985), pp. 210-227.
- Weiner, A. (1988). *The Trobrianders of Papua New Guinea*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Weiner, A. (1992). *Inalienable possessions. The Paradox of Keeping-While-Giving*. California: University of California Press.
- Weiner, A. (1994). Cultural difference and the density of objects, en *American Ethnologist*, Vol. 21, Nº 2 (May, 1994), pp. 391-403.

---

**Abstract:** In this article we present the results of the ethnography carried out by the team that investigates “Objects, people and relationships: an ethnographic study on material culture in homes in the Buenos Aires suburbs”, based at the Institute of Social Studies in Contexts of Inequalities of the Universidad Nacional de José Clemente Paz (IESCODE-UNPAZ)”. We want to contribute with a presentation that articulates the ideas of Annette Weiner with the classification systems of the world of objects, updated by our field interlocutors “indoors” in 5 homes of UNPAZ students in 2019. We focalizes in forms of prioritize everyday things, display them, use them, save them, and we analyses about how, it participate, in what this author calls “inalienable possessions”.

**Keywords:** UNPAZ - inalienable possessions - Weiner - conurbano.

**Resumo:** Neste artigo apresentamos os resultados da etnografia realizada pela equipe que investiga “Objetos, pessoas e relações: um estudo etnográfico sobre a cultura material nos

lares da periferia de Buenos Aires”, com sede no Instituto de Estudos Sociais em Contextos de Desigualdades da Universidad Nacional de José Clemente Paz (IESCODE-UNPAZ)”.

A partir das contribuições de Annette Weiner, queremos contribuir com uma apresentação que articule os sistemas de classificação do mundo dos objetos, atualizados por nossos interlocutores de campo “dentro de casa”, em 5 residências de alunos da UNPAZ em 2019, suas formas de priorizar o cotidiano, mostre-os, use-os, salve-os e pense em como, talvez alguns deles, participam do que este autor chama de “objetos inalienáveis”.

**Palavras chave:** UNPAZ - poses inalienáveis - Weiner - conurbano.

[Las traducciones de los abstracts fueron supervisadas por el autor de cada artículo]

---